

Vamos hacia el pensamiento no sojuzgado

Aimé Michel

La sociedad que se está gestando irá cada vez más en busca del hombre hasta el fondo de su soledad, para sacarlo del letargo y fortificar su libertad.

A. M.

La revolución que se pone en marcha

Se dice en cibernética que un sistema está «sujeto» a otro sistema cuando toda variación del segundo implica una modificación del primero sin que suceda lo mismo recíprocamente. El caso más clásico es el de los amplificadores (radio, por ejemplo). La modulación recibida por la antena es transformada por el amplificador, de tal suerte que cada una de sus microvariaciones implica una variación elevada de la corriente enviada al altavoz. Pero es evidente que si, por un dispositivo especialmente estudiado, modificáis la modulación del altavoz (y es lo que se hace en las «mezclas»), no cambiaréis por eso la modulación de la antena: no hay reciprocidad. Podemos generalizar esta idea de sujeción a los campos más diversos. Es lo que aquí hace Aimé Michel quien, al propio tiempo, define nuestras posiciones.

Un médico francés, el doctor Faure, observa un día que cuando tiene su teléfono averiado, los cardíacos tienen propensión a sufrir crisis. A primera vista, he aquí una relación absurda. Sin embargo, el doctor Faure sabe que el corazón y el teléfono son máquinas extrañas. Turbado el ánimo por esa correlación, inquiere. Habla a uno de sus colegas. Consulta éste sus fichas y comprueba con estupor que cuando tiene el teléfono estropeado sus pacientes padecen también más crisis cardíacas. ¿Experimentan esas crisis porque el teléfono está averiado, actuando como una causa la idea de ver cortada su comunicación con el hombre que los asiste? Las curvas de frecuencia de las crisis cardíacas trazadas por los dos facultativos parecen coincidir. El doctor Faure y su colega registran el máximo de crisis cardíacas en las mismas fechas. Pero entonces, se dicen ellos, puesto que también el teléfono sigue las mismas curvas de alteración, es que los dos órdenes de hechos —las crisis cardíacas y las perturbaciones del teléfono— se encuentran bajo el influjo de causas menos parcialmente idénticas. Ciertas crisis cardíacas son provocadas por algo que perturba también el teléfono. ¿Qué es lo que ocasiona avería en éste en determinadas épocas? Consultados los servicios de telecomunicaciones, responden: las tempestades magnéticas, es decir, la actividad solar.

Y ahí tenéis a los dos facultativos sobre la pista de uno de los más curiosos descubrimientos de la reciente medicina: cuando ciertos fenómenos nucleares se originan en el Sol, ciertos individuos mueren

*El pensamiento no sojuzgado
desconoce el fracaso.*

H. My-JN 69

en la Tierra, a 150 millones de kilómetros de allí. Ved, pues, qué curiosa relación: la gráfica de los muertos por crisis cardíaca está sujeta a la de la actividad solar. Podemos suponer razonablemente que lo inverso no es cierto y que si un gamberro arroja petardos por las ventanas de cien ancianas de corazón frágil, la mitad de las cuales muere de emoción súbita, el ciclo solar no se verá perturbado por eso.

Se trata de una sujeción real, si bien difícil de calcular. No puede negarse ya, tras las investigaciones hechas a este respecto, que las tempestades magnéticas engendran crisis cardíacas. Pero en el estado actual de la ciencia, a ningún astrónomo se le ocurrirá medir la actividad solar consultando las gráficas de mortalidad de los cardiólogos.

Durante la última guerra los técnicos del EDF sabían que existía un momento culminante en el consumo cotidiano de fluido eléctrico, por la noche, a la hora de la BBC. La amplitud de esa hora punta guardaba relación con los acontecimientos militares y políticos. El anuncio de un discurso del general De Gaulle por la radio de Londres obligaba a los servicios de distribución a precauciones especiales, lo mismo, por ejemplo, que el desarrollo de una ofensiva de Zhúkov o de Montgomery. Existía una especie de sujeción del consumo eléctrico a la apreciación subjetiva y estadística de la actualidad por parte de los franceses. En este caso preciso el sistema sujeto (consumo de electricidad) se prestaba a la medición, pero el estado de ánimo de los franceses no.

Otro ejemplo idéntico es el peso del papel consumido por los diarios, el cual se halla sujeto a la apreciación subjetiva de la actualidad.

Estos dos últimos casos están cerca del límite, el cual es alcanzado cuando alguno de los sistemas que se presumen sujetos no se halla sometido a medición. Sus relaciones escapan entonces a la ciencia, y es lástima, porque son las más interesantes: se trata, en efecto, de las innumerables sujeciones por las cuales la colectividad humana repercute a cada instante sobre nuestra vida psicológica. Por lo general, no tenemos conciencia de ello. Su examen mismo es delicado, ya que la más

funesta tentación de nuestro espíritu es la simplificación, que nos sugiere explicaciones incontrolables. Y precisamente el control resulta aquí imposible. El hecho de que un obrero no piense como un campesino o bien un francés de 1969 como un francés de 1660 parece demostrar que la vida psicológica individual está esclavizada. Pero, ¿no está más que esclavizada? ¿Y a qué?

Una conversación en el bar

Una decena de obreros del taller mecánico cercano a mi domicilio discutían cierta mañana en el bar donde tomaba mi desayuno. Estábamos en período de elecciones, y yo escuchaba. Que me crea el que quiera, pero he aquí lo que oí:

—Desde que Pinay está en el Gobierno, no es por decir, pero la cosa marcha mejor.

—Pinay y Thorez.

—Por supuesto, Thorez y Pinay. He ahí a dos que han hecho algo por lo menos. Lo malo es que en mi distrito cada uno de ellos tiene un candidato.

Y como todos estuvieron de acuerdo en deplorar ese absurdo, consideré que era deber mío instruir a aquella honrada gente, víctima, en apariencia, de un malentendido. Empecé, pues, a exponerles lo que todo elector ha de saber, a mi juicio, y por de pronto que ni Thorez ni Pinay estaban en el Gobierno.

Una sonora carcajada interrumpió mi breve parlamento. Mi auditorio se desternillaba de risa. En medio de la batahola de las respuestas que se dejaban oír en torno al mostrador, descubrí con renovado asombro que sabían ya todo aquello, que estaban tan informados como yo, si no más, que consideraban la distinción entre Gobierno y diputados como una «ensalada», lo mismo que las polémicas entre diputados y periodistas de filiación distinta, que leían, por otra parte, cada mañana *L'Humanité*, que poseían todos su carnet de la CGT, que votarían por los candidatos de Pinay y Thorez y que los individuos de mi ralea habían de ser clasificados entre los necios incurables, cuando no tal vez (creí comprenderlo) entre los provocadores.

Ninguno de los conocimientos que había creído revelarles les hacía falta. Sin embargo, dichos conocimientos estaban organizados diversamente, según un orden que ningún libro, ningún periódico, ningún aparato de radio ni ningún orador les había propuesto jamás.

Una conversación de gente de letras

Hace algún tiempo un biólogo amigo mío comía fuera de casa en compañía de algunas gentes de letras. Estas últimas, fuertemente mayoritarias, orientaban la conversación, y el biólogo tenía la sensación de estar delante de un sistema cerrado, preocupado tan sólo por ideas creadas de punta en blanco y regido por evidencias nunca puestas en duda y que a él, hombre de ciencia, se le antojaban, no obstante, eminentemente arbitrarias. Ardía en deseos de llevar la discusión allí adonde precisamente no era llevada. Alguien le proporcionó la ocasión al hablar de los dos infinitos de Pascal. Hizo notar entonces que a los ojos del hombre de ciencia moderno, y aunque en sus *Pensamientos* creyó que rebajaba a la naturaleza humana, Pascal había de ser más bien tenido por un optimista víctima de toda suerte de ilusiones sobre la universalidad del hombre.¹

—En efecto —dijo—, Pascal concebía el Universo como una especie de encaje de piezas indefinido, teniendo nuestro nivel sus cirones, a los que era suficiente aumentar lo bastante con el pensamiento para encontrar en ellos otros universos parecidos al nuestro con sus cirones a su vez y así sucesivamente. Hacia lo infinitamente pequeño como hacia lo infinitamente grande (aunque el apologista cristiano se hubiera deslizado prudentemente sobre este último aspecto), prometía a la razón humana la cómoda perspectiva de los mismos fenómenos encajados unos en otros, como la publicidad de cierta marca de queso, sobre cuya caja aparece una pastora que tiene en la mano

1. En una notable edición, el Club de Libreros de París ha publicado por primera vez el manuscrito facsímil de los *Pensamientos*.

una caja igual a la primera, con su pastora y su caja y así indefinidamente. Se trata en realidad aquí de un sueño optimista, porque no sólo lo infinitamente pequeño no reproduce nuestro nivel, sino que obedece a leyes que se burlan, con un escarnio sistemático, de todas las presuntas evidencias del espíritu, el cual no penetra en ellas, en efecto, sino al precio de despojarse de todo vestigio de humanidad y cual si fuera un extraño. En cuanto a lo infinitamente grande, ¿no es también inhospitalario con sus curvaturas espacio-temporales, su expansión y lo demás? En una palabra, la célebre frase sobre «la imaginación que se cansaría antes de imaginar que la naturaleza de proveer» atestigua principalmente la ilusión humanista de su autor, que había pensado en todo menos en una naturaleza que proporciona sistemáticamente lo inconcebible; lo inconcebible a los niveles de nuestra imaginación, se entiende.

¿El hombre? ¿Qué hombre?

—Todo eso resulta muy curioso —dijo entonces un novelista, redactor en jefe de una revista intelectual—; curioso, desde luego, pero totalmente desprovisto de interés. ¿Qué me importan a mí los pequeños misterios de la física y de la astronomía? Lo que me interesa es el hombre.¹

—Conforme; sin embargo, dígame: ¿de qué hombre habla usted? El hombre contemporáneo, el que cree usted conocer, no existirá ya dentro de algunos siglos. No sólo lo que escribe acerca de él se hará ilegible —me consta que acerca de eso los escritores se resignan—, sino el sucesor, que está fabricándose en esos laboratorios que usted menosprecia, pondrá probablemente la escritura misma al nivel en que usted pone los chillidos del primate terciario del que descendemos usted y yo.

1. Encontramos esta actitud muy inteligentemente definida en la descripción que del novelista hace Jean Dutourd en su obra *Los horrores del amor*, pero este mismo novelista está desesperado de vivir en una civilización científica. Se ha «equivocado de época», dice.

Y como esta profecía suscitara reacciones diversas, proseguí levantando la voz:

—¡Espere! He de añadir algo. ¿Cómo puede decir usted que «lo que le interesa es el hombre», cuando se niega a ver el porvenir de que él es portador desde ahora? ¿Sabe cuáles son los pensamientos de esos hombres que preparan el futuro, descifrando uno tras otro los secretos de los mecanismos hereditarios gracias a los cuales sus descendientes podrán, un día, salvar en tres generaciones el intervalo de las treinta o cuarenta mil que nos separan del animal, quiero decir un intervalo equivalente? Y si usted ignora sus pensamientos, entonces, vuelvo a formular la pregunta: ¿de qué hombre está usted hablando?

—Le responderé dentro de treinta mil generaciones —repuso el interpelado sonriendo.

Todo el mundo lo imitó con alivio de nuestra anfitriona. Y la discusión no siguió adelante.

Dos sistemas psicológicos se habían encontrado por un instante, uno cerrado en una cierta definición del hombre y estrictamente sujeto a una especie de consentimiento colectivo, y otro abierto al infinito y seguro de sus solas ignorancias.

El hombre de letras puede decir, contradecir y publicar cualquier cosa con la única condición de que sea de su época. La novela de Paul Bourget, el más famoso de su tiempo, no encontraría hoy ningún editor y ocurriría que nadie la leería.

Igual suerte aguarda a la obra de genios que se anticipan demasiado a su tiempo: Cyrano, Campanella, Poe, Rimbaud y Lovecraft fueron parias repudiados por sus contemporáneos. Pero, ¿repudiados en qué? En el futuro. En el futuro que dan a luz a cada instante aquellos cuyo pensamiento rechaza toda esclavitud.

¿Han desaparecido los originales?

La gran originalidad de nuestra época consiste en haber segregado una nueva clase de hombres dedicados por razón social a ese tipo de pensamiento, al pensamiento no sojuzgado, que es el de los inventores. Antaño era privilegio del genio y de

aquellos a quienes se llamaba los «originales»: hombres de cerviz inflexible que se negaban a pasarse la vida haciendo lo que sus contemporáneos y el decoro les exigían. Por lo general se morían de hambre, y el resultado de su idea fija las más de las veces desaparecía con ellos en la indiferencia. Yo conocí a algunos en mi infancia o bien conocí a gente que los había tratado. Uno, por ejemplo, después de haber hecho fortuna en México a principios del siglo pasado, pasó el resto de sus días intentando construir una máquina volante. Creo recordar que se llamaba Chabrand, que era un excelente cazador de gamuzas y que su máquina voló lo bastante alto como para que se matara al caer. ¿Hay un precursor de la aviación más relegado al olvido que él? Ni siquiera estoy seguro de su nombre.

Otro, que partió también para hacer fortuna en México, como era tradición en el valle donde yo nací, oyó hablar allí de los mayas en una época en que este nombre no había traspuesto aún el Atlántico. Lo abandonó todo para transformarse en indio, aprendió todas las lenguas necesarias, anduvo errante durante unas decenas de años, vestido de harapos, por las ruinas de ciudades sepultadas y templos perdidos y volvió luego a acabar sus días a Ubaye, con el alma en paz y sin saber siquiera que aquellas cosas habían de escribirse y publicarse. Podría yo citar otros más, como aquel tío materno, eclesiástico y erudito, autor de varias obras de historia local y poseedor de una de las más singulares bibliotecas que he visto en mi vida, el cual me confesaba, en el ocaso de su larga vida, que sólo había leído una novela, *Dafnis y Cloe* (en griego, naturalmente).

Lamentaba yo en un precedente artículo la desaparición de esos hombres.¹ No han desaparecido realmente. Despojados de su pintoquesismo y disfrazando su negativa de obedecer bajo la engañosa uniformidad de una bata blanca, son sus descendientes quienes frecuentan la sombra de los laboratorios. Si el mundo evoluciona cada vez más aprisa, si la historia se asemeja cada vez más a un alud, es porque esos hombres, que son la

1. *El fin de la civilización rural*, Horizonte n.º 2.

sal de la Humanidad, han escapado al fin a la soledad. El cazador de gamuzas enriquecido que dilapidaba su fortuna para darse alas, lo ignoraba todo, y en primer lugar que no era precisamente un loco. Sus sucesores se conocen todos ellos entre sí. Intercambian sus últimas ideas, disponen de cuantos medios tienen necesidad y, sobre todo, como los burgueses en la Edad Media, como los obreros desde el siglo XIX, emergen socialmente en calidad de familia humana.

No; son los investigadores de hoy

Su acceso a la existencia social es tal vez el acontecimiento más importante de la Historia desde la «sedentarización» de las tribus paleolíticas, y excede sobremanera en alcance a la aparición de las clases burguesa y obrera. Estas últimas, en efecto, no han ambicionado jamás sino el dominio del presente. El burgués reivindicaba el bienestar y la autoridad del noble, y el obrero el disfrute del producto de su trabajo. El inventor se mofa de todo eso. Branly inventa el cohesor y se niega a tener la radio en su casa. Los Curie renuncian a toda patente sobre el radio para que otros investigadores puedan rivalizar libremente con ellos. Einstein se desinteresa de las aplicaciones industriales de sus descubrimientos. Y así son todos, en la medida al menos en que siguen siendo lo que son, porque bien sabido es que los sabios colmados de honores y de autoridad dejan de ser *siempre* descubridores.

El móvil del pensamiento no sojuzgado no es el presente, sino el futuro, y por eso no está esclavizado, habida cuenta de que el futuro en cuestión no existe. No ambiciona ni detener el tiempo en provecho suyo —programa del reaccionario— y ni siquiera intenta acelerar la realización de un cierto futuro —lo cual es la revolución—, sino evadirse sin cesar de su condición presente.

Los nostálgicos rehúsan ir a la Luna, los ambiciosos quieren ir a ella y los hombres de ciencia hacen un poco de camino con ellos, pero sólo un poco, porque la Luna dejará de interesarles cuando la hayan alcanzado.

Bien notorio es que el artista debe conocer la

historia de su arte, en tanto que el investigador ha de olvidarla.

Estamos persuadidos de que el hecho de que el pensamiento no sojuzgado se responsabilice de la evolución humana, es, desde luego, una fatalidad histórica. Es ya responsable de la aceleración tan característica de nuestra época, de esa caída de la Humanidad hacia arriba, desencadenada por la subida al poder de la parte más móvil, más inquieta y más libre de su sustancia espiritual. Este poder no es político, y eso es también una novedad. Por vez primera nuestro presente se ve organizado por un pensamiento al que exclusivamente interesa el porvenir. Algunos se asustan de ello, o sea quienes se olvidan de que no son los sabios los que hacen las bombas, sino los políticos. En cuanto a nosotros tenemos, al contrario, por evidente que sólo una conciencia clara del futuro podrá conducir a los hombres a través de los peligros con que se los amenaza. Creemos asimismo que la pequeña llama primeramente solitaria y condenada del pensamiento no sojuzgado no era otra cosa que el principio de una evolución psicológica planetaria, la señal precursora de un avance del hombre, organizado, previsto y realizado por él mismo. Algo en nosotros se despertaba desde hacía milenios, que, en adelante, adquirirá forma ante nuestros ojos. Lejos de nivelar y avasallar, la revolución que se inicia multiplica por millones el número de aquellos a quienes se les pide que inventen, es decir, que tengan el presente por nulo. La sociedad en gestación irá cada vez más a buscar todo hombre al fondo de su soledad para sacarlo del letargo y fortificar su libertad.

Comenzamos, pues, una época en que no servirá de nada querer amaestrar a los hombres, pues la sociedad no tendrá necesidad ya de autómatas. No nos engañemos: el hormiguero hostil de nuestras ciudades actuales no prefigura de ningún modo el porvenir, contrariamente a lo que pudieron creer Wells y Kornbluth. Expresa tan sólo la resistencia de los autómatas, los cuales desaparecerán como desaparecieron los esclavos: no por la muerte, sino por la liberación.

AIMÉ MICHEL